Ludovic de Besse
capuchino

# LA CIENCIA DE LA ORACION

Traducción selectiva por Juan Antonio Sáenz López, Vicario Episcopal de Vida Consagrada

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Con licencia eclesiástica
ISBN: 84-7693-236-7
Depósito Legal: B- 43.686-92
Printed in Spain

**APSSA,**
ROCA UMBERT, 26
L'HOSPITALET DE LL. (Barcelona)

## Capítulo 1

# DEFINICIÓN DE LA ORACIÓN

El medio infalible para orar mal es concebir una idea demasiado baja de la oración. Se pretende, con ayuda de la oración, forzar al Creador a hacerse un humilde servidor de su criatura.

Si observamos la respuesta del Señor a los Apóstoles, cuando le preguntan respecto de la oración, notamos que la oración es propiamente el ejercicio de las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. En efecto, ha reducido todo al *Pater* que comienza por estas peticiones: *«Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo»*.

La oración es, por tanto, primeramente un ejercicio de fe.

A continuación es ejercicio de esperanza santa y de pura caridad. Decimos: *¡Venga a*

*nosotros tu reino!* No se trata de un reino temporal. Dios posee esencialmente ese reino sobre las criaturas materiales. En ese aspecto todo es ya perfecto. El sol y los astros en el cielo; el aire, el agua, el fuego, las plantas y los animales de la tierra han observado siempre y observarán hasta el fin de los tiempos las leyes del Creador. En cuanto a los hombres, en primer lugar se da el gobierno temporal. Pero Dios no quiere ejercerlo directamente aquí abajo. Jesucristo respondió a Pilato (Jn. 18,36): «Mi reino no es de este mundo». ¿Así, pues, cuál es el reino de Dios, cuya venida hemos de desear y pedir? Es un reino espiritual, sobre nuestros corazones, fruto de la confianza y del amor.

Decir a Dios: *«Venga a nosotros tu reino»*, equivale a decir: Dilatad mi corazón mediante el sentimiento de vuestra bondad y llenadlo de confianza filial hacia Ti; hacedme apreciar en su valor los beneficios con que me colmais... y la gratitud desbordará de mi alma. Dignaos revelar vuestra belleza y perfecciones infinitas... y pondré mis complacencias en Ti, amándote sobre todas las criaturas. Sí, establece en mi tu reino mediante la esperanza y la caridad. Sed el señor de mis sentimientos.

Desde esta segunda petición, hay que desear sinceramente el establecimiento de su reino en nuestro corazón. Y no se podría tener

este deseo, si no se creyera en la posibilidad de este reino. Hay que creer no sólo en su posibilidad, sino que hay que esperarlo con certeza. Esta petición es, pues, un acto de la virtud de la esperanza.

Por otra parte, sería temerario el esperar todo de la bondad de Dios. Conviene unir a nuestra esperanza la resolución de hacer lo que depende de nosotros para el establecimiento de ese Reino. Así, Nuestro Señor nos hace añadir inmediatamente: *«Hágase tu voluntad como los ángeles la llevan a cabo en el cielo»*. Lo cual es un acto de amor, de pura caridad.

Dios pasa a ser así el Señor de todas nuestras acciones, tras haber llegado a ser el Señor de nuestra inteligencia y de nuestros sentimientos.

Cuando en el Carmelo se pidió a Santa Teresa que les enseñara a hacer oración, la Santa respondió escribiendo un tratado delicioso, un modelo de dirección espiritual, *EL CAMINO DE PERFECCIÓN*. Todo en ese libro desemboca en la explicación del *PATER*. Se ora en el cauce de las peticiones colocadas por Nuestro Señor en la Oración dominical. No se ora o se reza mal, si se presentan a Dios peticiones no vinculadas a las del *PATER*. Por tanto, toda oración debe vivirse en fe, esperanza y caridad. Solamente así puede llegar a ser una oración perfecta.

Termino este apartado con una definición de oración, debida al Doctor Angélico. La encontramos en San Alfonso María de Ligorio, con los comentarios correspondientes. Ese pequeño libro de San Alfonso se titula: *SOBRE EL GRAN MEDIO DE LA ORACIÓN.*

«El Apóstol, dice él, escribía a Timoteo: *Ante todo recomiendo que se hagan "plegarias", "oraciones", "súplicas" y "acciones de gracias"* (1 Tim. 2,1).

»El doctor angélico, Santo Tomás, explica este texto (2.ª 2ae Sent. p. 83, art. 17), diciendo que *la oración es una elevación del alma hacia Dios para obtener alguna gracia.* Cuando tiene por objeto cosas determinadas, la oración se llama propiamente *petición;* cuando las cosas no son determinadas, por ejemplo, cuando decimos: "Dios mío, ven en mi auxilio;*Deum, in adjutorium meum intende";* es una oración-suplicación. La plegaria-obsecración es una instancia piadosa para obtener la gracia que se desea, como cuando decimos: *Por tu Cruz y tu Pasión, líbranos, señor.* Finalmente, *la acción de gracias* lo es por los beneficios recibidos, mediante la cual, dice Santo Tomás, merecemos recibir otros beneficios mayores: *Gratias agentes meremur accipere potiora».*

Limitémonos a estas definiciones y continuamos nuestro estudio.

## Capítulo 2

# NECESIDAD DE LA ORACIÓN

Hay un medio para llegar a la dicha eterna, es cumplir el primero y mayor de los mandamientos: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu» (Lc. 10,27). Ahora bien, este mandamiento se lleva a cabo en la oración y por la oración.

Para amar a alguien, hay que conocerlo, tratarlo... Orad a Dios y así os acercaréis a Él. San Pablo enseñaba a los sabios del Aréopago: «Aunque Dios no esté lejos de nosotros, puesto que tenemos en Él la vida, el movimiento y el ser, sin embargo debemos buscarlo con la esperanza de tocarlo o al menos encontrarlo» (Hech. 17,27-28).

No podemos ver a Dios en este mundo; pero Él hace sentir su presencia a los corazones rectos que lo invocan con respeto, confianza y amor. Al mandarnos amarle y adorarle, se ha comprometido a escucharnos y atendernos.

La oración es necesaria para adquirir la amistad con Dios, si se ha perdido la gracia bautismal, cayendo en el pecado mortal. Si se ha conservado esta gracia, la oración es necesaria para cultivar, fortificar y desarrollar

nuestra intimidad con Dios, mediante un ejercicio frecuente de las virtudes teologales.

Finalmente es necesaria para triunfar de las tentaciones que nos conducen al mal y que proceden de nuestra naturaleza corrompida, de la malicia del demonio o los escándalos del mundo. Abandonados a nosotros solos, somos demasiado débiles para resistir a ello. Necesitamos la ayuda de Dios y, para obtenerla, hay que pedirla.

«Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5,48), ha dicho Jesucristo. El medio de agradar a Dios es tender a esta perfección por amor a Él. Se logra, cuando, mediante oraciones asiduas y fervorosas, se procura la ayuda de su gracia con abundancia.

El que ama a Dios sinceramente está seguro de vencer a sus enemigos, acudiendo a la oración. Si cayera, la oración sería su tabla de salvación. Le permitiría levantarse e incluso sacar bien del mal, aprovechando su caída para ser más humilde, más prudente, más unido a Dios por la confianza, por el amor y por un deseo ardiente de reparar sus faltas en el ejercicio de las buenas obras y de la penitencia.

Recordemos algunas sentencias del Señor: *«Es necesario orar siempre, sin desfallecer»* (Lc. 18,1). *«Vigilad y orad para no caer en la tentación»* (Mt. 26,41). *«Pedid y recibiréis»* (Jn. 16,24).

San Agustín ha dicho «Dios quiere darnos sus gracias; pero se las da al que las pide» (Sobre el Salmo 102). Y añade: «Como nuestro cuerpo se nutre de alimentos, el hombre interior (es decir el hombre moral, virtuoso) se nutre de sus oraciones».

San Juan Crisóstomo emplea el mismo lenguaje (De Orat. D., 1.1.).

Según San Alfonso M. de Ligorio, se trata aquí de una necesidad no de precepto que admite excepciones en caso de ignorancia, imposibilidad, etc., sino de una necesidad de medio. Si despreciais el orar, no iréis nunca al Paraíso.

San Alfonso M. de Ligorio concluye en estos términos: «Todos los bienaventurados, excepto los niños, se han salvado por la oración. Todos los condenados se han perdido por no haber orado. Su mayor desesperanza en el infierno es y será siempre el haber podido salvarse con tanta facilidad, pidiendo a Dios las gracias necesarias, y no poder hacerlo ya».

Por tanto, hay que elegir: o bien os acercais a Dios, orando; así os haréis su amigo; os enriqueceréis en virtudes y méritos, en proporción al fervor de vuestras oraciones e iréis con toda seguridad al cielo, a gozar de la dicha eterna. O bien, rechazáis el orar, y permaneceréis lejos de Dios. Pero estar lejos de Dios, es en la tierra, una miseria moral grande, aunque se la

cubra de bellas apariencias; y vivir lejos de Dios tras la muerte, es el infierno.

## Capítulo 3

## LA ORACIÓN ES UNA GRACIA

Hay diferentes clases de gracias. La primera gracia actual concedida a las almas por el Espíritu Santo es la gracia de la oración. Es Él quien nos hace orar. San Pablo lo enseña explícitamente: *«No sabemos pedir como conviene; pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables»* (Rom. 8,26). Y añade: *«Habéis recibido un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba, Padre!»* (Rom. 8,15).

Por una bondad infinita, esta gracia de la oración se concede a todos los hombres sin excepción y no se les retira jamás. Está a su disposición hasta su último aliento. Cuando se ha echado a Dios del corazón por el pecado mortal *«Él está a la puerta y llama»* (Ap. 3,20). Provoca en los pecadores el arrepentimiento mediante el temor y la esperanza del perdón. Bastaría a los pecadores entrar en ellos mismos y escuchar la voz de su conciencia para captar esas exhortaciones del espíritu Santo. A veces,

Dios añade a las solicitaciones interiores de su gracia llamadas exteriores, empleando diversos medios que deben forzar la atención de las almas y hacerlas orar. *«La Sabiduría clama por las calles, por las plazas alza su voz... ¿Hasta cuando, insensatos, amaréis el mal que os hará desgraciados? Aceptad mis correcciones y convertíos. Voy a derramar mi Espíritu sobre vosotros. Os llamo y no queréis escucharme»* (Prov. 1,20-24).

San Alfonso M. de Ligorio termina su libro: «Sobre el gran medio de la oración», demostrando largamente esta verdad, que llena todo un capítulo titulado: «Dios da a todos los hombres la gracia de orar, si quieren. Para orar basta la gracia suficiente que es común a todos». Este capítulo está dividido en tres grandes apartados. El primero aporta el testimonio de los principales teólogos que enseñan esta doctrina. El segundo cita la autoridad de la Sagrada Escritura, del Concilio de Trento y de varios Santos Padres. El tercero contiene razonamientos teológicos.

En esta demostración aparece que incluso los mayores criminales tienen gracias suficientes para obrar su salvación. En verdad, esta gracia suficiente no basta para hacerles triunfar directamente sobre sus pecados; pero basta y es eficaz, si quieren, para hacerlos capaces de orar y disponerse a otros actos buenos y fáci-

les, como sería el hacer una lectura piadosa. por este medio, obtendrían una gracia más fuerte, con la que cumplirían los deberes más difíciles.

«Según este principio –dice San Alfonso–, los pecadores que pretenden no tener fuerza en absoluto para vencer sus tentaciones, no tienen ninguna excusa; pues, si oraran, como pueden hacerlo con la gracia ordinaria dada a todos, obtendrían la fuerza que les falta y se salvarían (Ib. 11.ª parte, cap. IV, 53).

San Francisco de Sales enseña la misma doctrina, al hablar de la perseverancia final: «El don de la oración y la devoción es generosamente concedido a todos los que, con buen corazón, quieren consentir a las inspiraciones celestiales. Por tanto, está en nuestra mano el perseverar» (Tratado del amor de Dios, lib. 3, cap. 1).

La liberalidad divina irrumpe especialmente en su facilidad en dar a las almas el don de oración. El Espíritu Santo es paciente con los pecadores que le rechazan. Se mantiene sin cesar junto a ellos para ayudarles a orar.

El profeta Zacarías lo había anunciado: *«Extenderé sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén, un espíritu de gracia y de oración. Entonces se volverán hacia mí, al que han atravesado, y me contemplarán con amor»* (Zac. 12,10). Era la predicción del milagro de

Pentecostés. Este milagro se renueva en todas las almas, cuando se entregan al espíritu de oración.

## Capítulo 4

## COMO AUMENTA EN LAS ALMAS LA GRACIA DE LA ORACIÓN

Tenemos un medio para tocar el corazón de Dios y sacar a manos llenas el tesoro de sus gracias. Es hacer lo contrario del fariseo; es orar, no queriendo hacer valer nuestros méritos, sino confesando nuestra indignidad e invocando la misericordia infinita del Señor.

El hombre profundamente humilde encanta a Dios por su honradez. Cuanto más se abaja, más gana su confianza.

La humildad de corazón será incompleta si no se traduce sin cesar en peticiones dirigidas a Dios con una confianza firme y en amor filial. Enseñándonos a orar. Nuestro Señor ha querido que nuestra primera palabra fuera, diciendo a Dios: Padre nuestro, Pater noster.

El medio infalible de atraer sobre nosotros gracias abundantes, es ir a Dios con un corazón humilde y confiado.

Cuando hayamos comprendido bien estas

verdades, tendremos en el corazón el deseo de adquirir la humildad y la confianza. Este deseo, si es sincero, se traducirá en peticiones fervientes y no nos faltará el solicitar con insistencia el don de oración. Lo obtendremos ciertamente, y llegaremos poco a poco a la unión con Dios, mediante una oración continua.

## Capítulo 5

## LA GRACIA DE LA ORACIÓN NO SE COMUNICA A LAS ALMAS DEL MISMO MODO

Los autores espirituales enumeran tres clases de oraciones ordinarias completamente diferentes. A saber: la oración discursiva llamada comúnmente meditación, la oración afectiva y la oración de fe o contemplación oscura. En los tres casos, hay influjo de la gracia. El Espíritu Santo está allí y atrae al alma hacia Sí y la hace orar; pero emplea procedimientos que varían con las diversas oraciones.

Durante la meditación, el Espíritu Santo ejercita su influencia sobre nuestras facultades intelectuales. Despierta en la memoria recuerdos piadosos. Los hace vivos y los embellece mediante el trabajo de la imaginación. Nos lle-

va a profundizar en las verdades religiosas mediante el razonamiento. Además, se sirve de nuestras reflexiones para tocar nuestro corazón. Suscita santos deseos, adecuados a los pensamientos que nos ha dado, y así concluye nuestra oración. Los deseos se transforman en peticiones. Adoramos, amamos, damos gracias, etc. Así es la oración discursiva.

En la oración afectiva, el Espíritu Santo detiene en la inteligencia la necesidad de razonar y deja allí solamente una luz sencilla que actúa directamente sobre las facultades sensibles. hace nacer así en el alma sentimientos muy vivos de temor de sus juicios, de dolor de nuestros pecados, de esperanza en su misericordia, de amor, de confianza filial y de reconocimiento. A veces, la emoción, extremadamente profunda, se traduce en suspiros, gemidos y lágrimas abundantes.

Todo ello desaparece en la oración de fe o de recogimiento espiritual. El Espíritu Santo entonces no da nada a las facultades intelectuales, ni a la sensibilidad. Y como, sin el auxilio de su gracia, esas facultades son incapaces de producir actos sobrenaturales, permanecen, de algún modo paralizadas y en la impotencia de ayudar al alma para la oración. No se tiene en la cabeza ningún buen pensamiento. El espíritu se encuentra en el vacío y las tinieblas. El corazón de carne no sirve para nada. Está

completamente seco. Frecuentemente se experimenta desagrado y aburrimiento. Pero al mismo tiempo, se necesita a Dios; se le busca con angustia, la voluntad está atraída por una fuerza dulce y suave.

Evidentemente una atracción de este tipo es obra del Espíritu Santo, que está allí como en las dos oraciones precedentes. Se nota su acción de modo extraño al que el alma no estaba acostumbrada. En lugar de pasar por las facultades intelectuales y sensibles para llegar a la voluntad, actúa directamente sobre ella. En efecto, en el lugar de las ideas particulares, pone sencillamente en el espíritu la fe en su presencia, fe oscura que lleva a creer que Dios está allí sin dejarse ver. El corazón de carne no está emocionado; pero el corazón espiritual que es la voluntad siente muy bien la presencia divina. Tiene la certeza de ello y, si quiere prestarse a esta acción del Espíritu Santo, experimenta inmediatamente una paz profunda. Tiene una gran facilidad para amar a Dios y adorarlo, mirándolo en silencio en medio de las tinieblas interiores.

Hablando de estas tres clases de oración, los autores espirituales dicen que responden a tres estados del alma. la meditación es la oración de la vida purgativa, durante la cual el alma se purifica de sus pecados y se corrige de sus defectos. La oración afectiva corresponde a

la vida iluminativa. Es un tiempo durante el cual el alma se ilumina mediante la adquisición cada vez más completa de la Sabiduría divina y mediante la práctica de las virtudes. La oración de fe sería la de las almas santas que viven habitualmente en la presencia de Dios y están unidas con Dios en ardiente amor.

Esta correlación es exacta. Pero lleva consigo muchas excepciones. El P. José du Tremblay lo observa justamente. Según él, no existe una línea divisoria infranqueable entre la vida purgativa, la iluminativa y la unitiva, ni entre las oraciones correspondientes. No se practica estas vidas ni estas oraciones sucesivamente, en épocas diferentes, tras un cierto período de años. Frecuentemente se las practica todas a la vez, casi al mismo tiempo, según la acción de la gracia. Solamente, que según el estado en que uno se encuentra, se da más tiempo a la oración que le corresponde especialmente. Así se medita más en la vida purgativa y menos en la vida unitiva (Método de oración 11, cap. 13. El P. José du Tramblay, capuchino, fundó la Orden de las Calvarienses y publicó tratados místicos de mucho valor).

A veces, en el ferrocarril, se colocan trenes considerablemente largos entre dos locomotoras, una a la cabeza y otra en la cola. Es preciso regular con armonía y acuerdo perfectos la dirección y la velocidad de esas máquinas. Si

estas máquinas tiran en sentido inverso, su fuerza se neutraliza y el tren no se mueve, a menos que las cadenas se rompan, separando el tren en dos, de suerte que cada una de las partes siga a su locomotora. Por el contrario, si las dos máquinas marchan una contra otra, el tren acabará rompiéndose.

Ese es el estado de ciertas almas, llenas de ardor para ir a Dios, pero que no saben discernir las inspiraciones de la gracia y se resisten al Espíritu Santo. Esas almas se obstinan, por ejemplo en ascender a la perfección, entregándose a las prácticas exteriores de penitencia, cuando Dios las solicita para buscar la perfección en el desprecio de ellas mismas y en su abajamiento interior en la presencia de Dios. Esas almas se esfuerza por experimentar una devoción sensible, discurren lo indecible por tener pensamientos hermosos;... pero el Espíritu Santo las lleva al silencio interior y a la paz del abandono filial, en la oscuridad de la fe y en la sequedad del corazón. Esas almas se ven así torturadas. No llegan a ningún sitio y a veces caen en un profundo desánimo.

Todo cambiaría como por encanto si hubieran estudiado la ciencia de la oración. De verdad, esas almas nos dan mucha pena y para ellas escribimos este librito.

## Capítulo 6

# SOBRE LA ORACIÓN DE MEDITACIÓN

En primer lugar, hay que tener ideas justas sobre este tema y no confundir la meditación con la oración, ni creer que ambas son de igual necesidad.

Meditar es reflexionar. Ahí se da un trabajo de cabeza. Hacer oración, es rezar, es decir, es levantar nuestro corazón hacia Dios para ofrecerle nuestra adoración, nuestro amor, y dirigirle nuestras peticiones.

Orar, hacer oración, es necesario absolutamente. Meditar, reflexionar sobre las verdades religiosas es también necesario. Con todo, esta necesidad es puramente relativa y permanece subordinada a los derechos de la oración. Al darnos sus gracias actuales, el fin del Espíritu Santo es tocar nuestro corazón y ganarlo para su amor. Pero para llegar a nuestro corazón, necesita, al menos en los comienzos, iluminar nuestra inteligencia, a fin de que nuestro amor sea libre, reflexivo, digno de Él y de nosotros.

De ahí viene la necesidad de la meditación. Es el medio mediante el cual Dios nos conduce a la oración. El fin que hay que alcanzar es la oración, fruto del amor.

En esta línea, David ha dicho esta hermosa

palabra: *«In meditatione mea exardescet ignis. La meditación iluminará en mi corazón un fuego ardiente de amor de Dios»* (Salmo 38,4).

Estamos obligados a amar a Dios con todo el corazón. Es el primer mandamiento, el mayor de todos los mandamientos.

El espíritu en la meditación, hace lo necesario, a fin de que el corazón se impregne de amor de Dios.

San Buenaventura dice que la verdadera sabiduría consiste en saber más para amar mejor (Prólogo a las sentencias).

Por su parte, santa Teresa escribe que el progreso del alma en la perfección no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho».

## Capítulo 7

## LOS PELIGROS DEL ESPÍRITU EN LA MEDITACIÓN

El breviario trae una fórmula de oración para recitarla antes del oficio: «Señor, abrid mi boca para ayudarme a bendecir tu santo nombre, y purificad mi corazón de todos los pensamientos *vanos, malos y extraños»*. De entre estas tres clases de pensamientos nocivos para la oración, los más peligrosos ciertamente son los pensamientos vanos.

En efecto, su único defecto es el ser vanos, es decir, inútiles. No proporcionan ningún amor al corazón; divierten al espíritu y hacen perder el tiempo. Entre los pensamientos vanos, los hay de varias clases.

Los primeros son reflexiones sobre uno mismo, hechas con el pretexto de examinarse uno. San Francisco de Sales hace una descripción humorística de esos pensamientos para mostrar su ridiculez. «Son –dice él– los repliegues o auto-miradas perpetuas sobre nosotros mismos, mediante las cuales queremos pensar cuáles son nuestros pensamientos, considerar cuáles son nuestras consideraciones, ver nuestros puntos de vista, discernir nuestros discernimientos, lo cual echa al alma en un laberinto y embrollo que quita toda la buena orientación a nuestras acciones y seca toda la savia de la piedad. La oración de esa gente es confusión y turbación en la misma oración, a la que privan de sus dulces movimientos para poder ver cómo se conducen ellos mismos: si están muy contentos, si su tranquilidad está muy tranquila, su quietud suficientemente aquietada; jamás se ocupan de Dios, sino que están siempre atentos a sus propios sentimientos». (Tratado del amor de Dios, VI, 20-X).

Bossuet completa esta descripción: «Hay una diferencia grande entre las reflexiones santas, inspiradas por el amor de Dios, y los re-

pliegues sobre uno mismo, inspirados por el amor propio».

Por tanto, si queremos conocer perfectamente nuestras miserias y librarnos de ellas, en vez de mirarnos a nosotros mismos, contemplemos a Dios y supliquémosle que haga Él solo un trabajo para el que somos incapaces. Lo hará, ayudándonos a perdernos cada vez más en su amor. Esas miserias son las mil fibras del amor propio; ahora bien, el amor propio se entierra en un amor a Dios, llevado hasta el olvido completo de uno mismo.

La segunda clase de pensamientos vanos consiste en las reflexiones curiosas, que tienen por objeto el penetrar los misterios, bajo el pretexto de admirarlos. Esta curiosidad exalta el orgullo del espíritu y seca el corazón. Es, al menos, una pérdida de tiempo. En ese camino, la meditación se cambia en estudio y se deja de orar. Es la tentación de los predicadores, profesores de teología, superiores religiosos, hombres y mujeres que tienen la misión de dar conferencias espirituales. Creen que así se preparan mejor para instruir a los demás. Se preparan para interesarlos, divertirlos y se desprecia el acumular, mediante la oración, los tesoros de amor, con los que tocarían los corazones.

Finalmente, el peligro de los pensamientos vanos es sobre todo considerable cuando las al-

mas consideran que son instruidas directamente por Dios, durante sus meditaciones, ya que Dios les habla y les confía sus enseñanzas, consejos e incluso sus órdenes. Terminan por querer someter sus superiores y confesores a esas pretendidas voluntades divinas que les son comunicadas en la oración.

En nuestra relación con Dios necesitamos mucha humildad y sencillez de espíritu. Nuestro Señor, enseñando a los apóstoles a orar, les hacía esta recomendación: «Al orar, no charléis mucho, como los gentiles que se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedírselo». (Mt. 6,7-8). No tenéis nada que enseñarle; sino que lo que debéis es tocar su corazón mediante vuestra confianza y humildad.

## Capítulo 8

## SOBRE LA ORACIÓN AFECTIVA

El Espíritu Santo, para atraernos y unirnos libremente a Él por un amor ardiente de nuestra voluntad, ejerce su influencia sobre todas nuestras facultades naturales. Se dirige primeramente a nuestra inteligencia. No podemos

amar sin conocerle, y si queremos conocer sus perfecciones y sus obras, debemos darnos la pena de estudiarlas. El trabajo del espíritu es, por tanto, una preparación necesaria para la oración.

Pero este trabajo del espíritu es peligroso. Es preciso moderarlo. Por otra parte, si habiendo puesto en práctica la regla fundamental de la meditación, un alma ha reflexionado para amar, su amor de Dios se ha desarrollado poco a poco. Ha tomado fuerzas. Cuando se comienza a entregarse a la oración, se necesita reflexionar mucho para llegar a conocer las bondades de Dios y para decidirse a amarle tímidamente; pero, avanzando en ese conocimiento, la timidez se disipa, y se llega a amar más, al mismo tiempo que se da un tiempo mucho más corto a las reflexiones.

Así se opera insensiblemente el paso de la meditación a la oración afectiva. En lugar de hacer razonamientos largos y numerosos sobre una verdad religiosa, se la considera de modo general. Este recuerdo basta para tocar el corazón e impregnarlo de amor. Se realiza así el progreso señalado por Santa Teresa: «No consiste en pensar mucho, sino en amar mucho». Gracias a la oración afectiva, se entra en esta vía: se piensa cada vez menos y se ama cada vez más.

Claro que Dios puede quemar etapas; pue-

de hacerlo sin inconveniente alguno e incluso con gran provecho para las almas a las que concede este favor. Así actúa ordinariamente con la gente sencilla del campo, cuya fe permanece simple y que no siente la necesidad de razonar al modo de los teólogos. Cuando esas personas pasan a ser piadosas, hacen inmediatamente oración afectiva.

Entre las personas instruidas, aquellas cuyo corazón es sensible y que no tienen gusto por las especulaciones teológicas, son conducidas pronto a hacer oración afectiva. Muchas mujeres se encuentran en ese caso.

El Espíritu Santo se acomoda a la naturaleza de cada uno de nosotros. Así nos permite corresponder más fácilmente a las operaciones de su gracia.

Esta oración afectiva lleva a cabo un auténtico progreso respecto de la meditación. Con todo, se está lejos aún de la oración perfecta. Aquí existen igualmente escollos que no se sabe evitar. De ellos, vamos a señalar los principales.

El primero y más peligroso consiste en exagerar las emociones sensibles y hacer consistir la perfección de la oración en la vivacidad de esos sentimientos. La verdad está en todo lo contrario.

Dios prefiere a las emociones de nuestros sentidos, los ardores espirituales de nuestra vo-

luntad; es la adoración *en espíritu*. Y cuando esos ardores prueban su sinceridad, traduciéndose en actos de virtud, se da la adoración *en verdad*.

También se puede chocar contra otro escollo que no es menos peligroso. Se trata de creer que se ha hecho bastante en la oración afectiva, porque se han experimentado sentimientos grandes de amor. Si uno se limita a eso, esa oración tiene poco valor en tanto que oración, ya que esos sentimientos no constituyen en sí mismo una petición formal, y orar es pedir. Hay que hacerlo humildemente, revistiendo la petición de diversas condiciones necesarias para su eficacia. Es el único medio para obtener de Dios las gracias que necesitamos para practicar la virtud y adecuar la conducta a los sentimientos experimentados durante la oración. Ya se trate de la meditación, ya de la oración afectiva, hay que llegar siempre a las peticiones, so pena de haber hecho un trabajo incompleto.

Hablando de las reflexiones hechas en la meditación sobre los mandamientos de Dios, sobre los vicios y las virtudes, san Alfonso María de Ligorio dice: «De qué sirve conocer nuestras obligaciones y no cumplirlas, si no es para hacernos más culpables ante Dios. Leamos y meditemos lo que queramos, que no cumpliremos nunca con nuestras obligaciones,

si no pedimos a Dios la gracia de cumplirlas». El comentario de San Agustín es: «Melius est orare quam legere. Mejor es orar que leer y meditar.».

La misma reflexión se ha de hacer sobre los sentimientos experimentados en la oración afectiva. San Alfonso insiste en ello, apoyando así al P. Segnery, quien decía de sí mismo: «Al principio, en la meditación, me empeñaba más en producir afectos que en orar... Pero, posteriormente, habiendo reconocido la necesidad y la inmensa utilidad de la oración, he empleado la mayor parte del tiempo de mis oraciones mentales en orar».

Santa Teresa enseñaba la misma doctrina, escribiendo a su hermano Lorenzo: «Una cosa es desear la devoción y otra distinta el pedirla».

## Capítulo 9

## SOBRE LA ORACIÓN DE FE

La meditación bien hecha conduce a la oración afectiva. Ésta, por su parte, cuando se evitan los escollos, conduce a la oración de fe. Es el término en que culmina generalmente la gracia de la oración. Entonces la oración llega

a su grado de perfección común. Más allá se encuentran las oraciones extraordinarias que participan del milagro. Necesitamos hablar de la oración de fe algo largamente, y sobre todo con claridad extrema. En efecto, la mayor parte de los autores ascéticos no dicen nada de ello; y entre los que hablan de ello, muchos lo hacen en términos inexactos, a veces de modo totalmente erróneo, con gran detrimento de las almas llamadas a ese género de oración.

Comencemos por explicar la naturaleza de esa oración. La gracia de la oración se comunica primeramente a la inteligencia, para descender a continuación a la sensibilidad y terminar por arrastrar la voluntad hacia Dios. Es la meditación.

En la oración, afectiva, esta gracia apenas toca la inteligencia. Actúa directamente sobre las facultades sensibles. Excita en ellas emociones muy vivas que arrastran la voluntad hacia Dios y la impregnan de un amor ardiente de caridad.

Pero cuando el Espíritu Santo atrae el alma a la oración de fe, el Espíritu Santo no pone ninguna idea particular en las facultades intelectuales, no excita ninguna emoción en las facultades sensibles. Va directamente a la voluntad y la alcanza, revelando al alma su presencia mediante una luz de fe que se dirige hacia la cima de la inteligencia, sin despertar la

imaginación ni las otras facultades inferiores. Al sentirse cerca de Dios, de este modo, la voluntad experimenta la necesidad de amar a Dios y de darse a El sin reserva.

Tres cosas acontecen con esta oración. Primero, el espíritu es golpeado bruscamente con una especie de parálisis; se encuentra en la imposibilidad de pararse en las cosas de Dios, de saborearlas. Antes de orar, se tenía gran fuerza intelectual. las verdades religiosas eran estudiadas con placer. ¿Pero, se quiere orar? Ya no se tiene ninguna idea en la cabeza. Como David, se siente la obligación de decir: *Ut jumentum factus sum apud te.* - Señor, soy ante ti, como una bestia de carga (Salmo 62,3).

En segundo lugar, el mismo fenómeno se produce en la sensibilidad. El corazón está seco. Lejos de experimentar emociones dulces y suaves que le llevan a Dios, experimenta más bien alejamiento y disgusto.

Pero, por el contrario, la voluntad está fuertemente asida a Dios. Necesita de Dios; tiene paz vinculándose a Dios, descansando en Él.

Cuando se encuentran reunidas estas tres señales, no se puede dudar. El Espíritu Santo está ahí. Da al alma la gracia de la oración, pero no conforme a los esquemas precedentes. Si el alma, desviada por enseñanzas engañadoras, quiere echar marcha atrás, cueste lo que

cueste, desprecia la gracia que se le ofrece, se cansa en vano buscando algún pensamiento bueno o tratando de excitar en su corazón algún sentimiento piadoso. San Pablo lo ha dicho: «No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios» (2 Cor. 3,5). Siendo la oración el efecto de una gracia actual, cuando el Espíritu Santo la da directamente a la voluntad, es absurdo ir a buscarla por otros derroteros. Anteriormente, Él ofrecía esta gracia a nuestras facultades intelectuales y sensibles, y convenía recibirla, haciendo actuar estas facultades. Pero si en adelante no quiere darles más, hay que dejarlas en paz, y contentarse haciendo actuar la voluntad, que se ve favorecida con esta gracia.

Al ser el Espíritu Santo el dueño, hemos de obedecerle. Nos pide nuestra voluntad desnuda, sin los adornos de pensamientos hermosos o devoción sensible; démosle nuestra voluntad. Unámonos a Él, en esa oscuridad de la fe en su presencia, mediante una mirada llena de amor, de docilidad y abandono. Quedemos en paz en ese estado. Es una excelente oración.

A la luz de la enseñanza de San Juan de la Cruz, notamos que ese modo de oración es el contacto de sustancia a sustancia. Así escribe en el *Cántico Espiritual,* sobre la canción 19, verso 2.º:

*«y mira con tu haz a las montañas»*

«En esto pide el alma todo lo que puede pedir, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo con Moisés (Ex. 33,23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con *la haz de Dios,* que es comunicación esencial de la divinidad sin otro algún medio en el alma, por cierto *contacto* de ella en la Divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes, por cuanto es *toque de sustancias desnudas,* es a saber, del alma y Divinidad».

La acción de Dios sobre el alma se produce por el contacto inmediato de sustancia a sustancia.

Esos contactos pueden variar entre ellos hasta el infinito. los hay extremadamente ligeros que proporcionan al alma un amor de Dios débil. Otros, en cambio, son muy profundos. Producen en el alma, según el lenguaje de San Juan de la Cruz, una llaga grande de amor, un cauterio inmenso. Eso es lo que llevó a decir a San Francisco: «El amor me ha puesto en el fuego, el amor me ha puesto en el fuego». –Entre esos contactos extremos, hay diferencia de grado, de intensidad, no hay diferencia esencial.

## Capítulo 10

# DIVERSOS NOMBRES DE LA ORACIÓN DE FE

La oración de fe ha tenido la buena o mala fortuna de ser designada con un gran número de nombres diferentes. Ello depende de su naturaleza misteriosa. En primer lugar, no es muy fácil entender en qué consiste. Por su parte los santos, para dar una idea justa de ella, han buscado el nombre más adecuado a su sensibilidad y a las disposiciones de sus discípulos.

De donde se origina una variedad grande de palabras para decir, en el fondo, la misma cosa. Lo cual desorienta a los espíritus superficiales. Pero los espíritus serios, reflexivos, encuentran en esa variedad una ayuda poderosa para llegar más rápidamente a entender ese tema tan delicado. Vamos a enumerar esas diversas denominaciones de la misma cosa, haciendo seguir a cada una de ellas breves explicaciones.

Es inútil añadir algo a la expresión *oración de fe.* A la luz de lo que precede, se comprende que se toma la palabra fe en un sentido general. Se trata de la fe en Dios presente en todas las verdades que se hallan en El o en una verdad considerada en su conjunto, sin reflexión

especial. Dice Bossuet: «Es una simple mirada o atención amorosa hacia algún objeto divino... El alma, abandonando el razonamiento, se sirve de una contemplación dulce que la mantiene atenta, en paz, acogiendo las operaciones e impresiones divinas que el Espíritu Santo le comunica: el alma hace poco; su trabajo es dulce, pero más fructífero: y como se acerca a la fuente de toda luz, de toda gracia y de toda virtud, se le concede también en más abundancia» *(Manera corta y fácil. 111).*

Tras la denominación de *oración de fe,* el nombre más empleado generalmente es el de *contemplación,* al que se añade frecuentemente la palabra «oscura». Se dice contemplar por oposición a razonar, analizar, reflexionar, etc. En vez de mirar un objeto en detalle, se fija la mirada en su conjunto, y se mantiene esa mirada fija, sin moverla, en un sentimiento de admiración. Así, en la contemplación, no se lleva a cabo reflexión alguna particular, ni razonamiento, ya sea sobre Dios, ya sobre Jesucristo, o sobre otro objeto religioso. Dios está ahí; y se tiene el sentido y sentimiento de ello, la certeza de su presencia; lo mira en la oscuridad de la fe. Lo cual basta para la inteligencia. El corazón hace el resto del trabajo.

Se habla de contemplación «oscura» precisamente porque no se busca la luz. Se trata con Dios frecuentemente mediante una simple

mirada, llena de respeto y amor: «Trinidad santa, Padre, Hijo y Espíritu Santo, estás presente a mi alma. No pretendo verte, creo en Ti. Me veis y me escucháis; eso me basta. Permite a mi corazón que te ame, que Te adore, etc.». La oración continúa de este modo, normalmente sin formular frase alguna, en movimientos tranquilos del corazón, que se entrega y vuelve a entregarse a su Dios sin cesar.

Si el objeto de la contemplación es Jesucristo, la Santísima Virgen, etc., el procedimiento es el mismo. Se mira a Jesucristo en cruz, en el pesebre, en la Eucaristía... Se mira a María en Dios o a Dios en María... Pero la mirada es sencilla, sin curiosidad; no busca detalle alguno. Es un acto de fe en la presencia del que arrobará nuestro corazón. Poco importa la oscuridad en que se encuentre. no se pretende el instruirse, sino el amar. Ahora bien, las tinieblas de la noche son más favorables para el amor que la luz molesta del sol.

La oración de fe es llamada con propiedad «contemplación oscura». Se la llama también oración «de atención amorosa hacia Dios presente».

Aquí la atención ha de entenderse conforme a las explicaciones precedentes. No se ve a Dios, pero se tiene el sentimiento íntimo de su presencia, y se une a Él, no con una atención curiosa del espíritu, sino con una atención

amorosa del corazón. Cuando se abraza a un amigo, si se le quiere de verdad, se le retiene largamente en los brazos. Así actuamos con Dios, multiplicando los apretones de nuestro amor hacia Él.

La oración de fe lleva también el nombre de oración de «recogimiento». No se trata del recogimiento exterior, necesario para toda clase de oración, incluso para la meditación. Se trata de un recogimiento interior. Santa Teresa describe esta oración profusamente en el *Camino de Perfección* y dice: «El alma recoge todas sus potencias». Si el sentimiento de la presencia divina alcanza al mismo tiempo a la voluntad, al corazón y al espíritu, el recogimiento es entonces completo y extremadamente suave. Todas las abejas, es decir, todas nuestras facultades, han regresado a la colmena donde se alimentan de miel. El alma, separada de las criaturas y perdida en Dios, saborea en Él una dicha extremada. Pero en la contemplación ordinaria, no está en nuestra mano el poder dar a las facultades de ese modo esa calma y ese recogimiento. La voluntad sola tiene la fuerza de desinteresarse de lo que pasa en la naturaleza sensible y en la inteligencia. La voluntad se retira, se oculta en el seno de Dios y ascendiendo hacia la parte superior del alma, sobre la cima del espíritu, permanece allí con Él en una soledad profunda. Con todo el re-

cogimiento, tal y como es descrito por Santa Teresa, es frecuentemente sólo una oración afectiva.

Bajo el nombre de «reposo» o «quietud», se entiende también la oración de fe. Como en el recogimiento, se puede señalar aquí un reposo general de todas nuestras facultades, una quietud completa de nuestra alma, impregnada totalmente de amor de Dios. Llegada a este grado, si la quietud dura mucho tiempo, nos acercamos al milagro; hablaremos de ello más tarde. pero hay una oración de quietud ordinaria, en que el reposo del alma es parcial. Existe solamente en la voluntad. Las otras facultades quedan abandonadas a su estado natural y pueden verse entregadas a tentaciones muy penosas. En efecto, cuando la voluntad acoge dócilmente la gracia que el Espíritu Santo le ofrece, se llena rápidamente de un gran sentimiento de paz. «Paz a los hombres de buena voluntad» (Lc. 2,14), cantaron los ángeles al nacer Nuestro Señor. Por el contrario, Job decía: «¿Quién ha gozado de la paz, habiendo resistido a Dios?« (Job, 9,4). El secreto de la paz del alma está en obedecer a Dios, dejarse conducir por Él en todas las cosas con docilidad de niño. Por tanto, cuando la voluntad, durante la contemplación oscura, se entrega a Dios por amor, enteramente, sin reserva alguna, no es solamente buena, sino perfecta. Así entra in-

mediatamente en un profundo reposo, y esta quietud subsiste, incluso cuando el espíritu se viera acosado por las distracciones más penosas, e incluso cuando la sensibilidad hubiera de hacer frente a sequedades y disgustos.

Santa Juana Francisca Chantal, explicando la oración de las de la Visitación, decía: «Se trata de una oración de presencia de Dios de unidad muy simple y de sencillez única, mediante un abandono íntegro de ellas mismas a la voluntad de Dios y al cuidado de la Providencia divina».

La oración de fe es todo ello. Hay en ella una mirada sencilla de fe, fijada únicamente en Dios presente al alma, en abandono completo a Él, mediante un amor sin reserva y una confianza filial.

## Capítulo 11

## EXPLICACIONES NECESARIAS

Según un axioma de filosofía, toda voluntad se ve precedida por un conocimiento. «Nil volitum nisi praecognitum». Ahora bien, diversas clases de conocimientos ejercen su influencia en esa facultad. Las primeras y menos nobles son las que proceden de los sentidos.

Antes del uso de la razón, los niños están limitados a esa clase de conocimientos. Los niños quieren coger cuanto encandila a sus ojos; quieren comer todo lo que atrae su glotonería. Ese conocimiento no difiere mucho del instinto de los animales. Los actos que produce, faltos de razón, no son todavía actos humanos. Hablaremos sin embargo de ello, puesto que los sentidos continúan dándonos conocimientos tras el desarrollo de la razón. Los sentidos excitan en nosotros apetitos que, demasiado frecuentemente, arrastran la voluntad, aunque no sean razonables.

Entre los conocimientos producidos por los sentidos y los conocimientos puramente intelectuales, hay los que vienen de la imaginación. Esta facultad es al mismo tiempo del cuerpo y del espíritu. Combinando imágenes y otras impresiones sensibles de la naturaleza, se esfuerza en arrastrar la voluntad, ofreciéndole mil representaciones interiores hechas para seducirla. Es una fuente inagotable de ilusiones y de pecados.

Por encima de la imaginación tenemos la razón. Esta facultad examina las ideas, profundiza en ellas, las coordina, sacando conclusiones y formando el razonamiento. Es ella la que debiera ajustar los actos de la voluntad conforme a la ley de Dios. Desgraciadamente, sin cesar, se deja cegar por pasiones criminales y empuja la voluntad a hacer el mal.

La fe viene en ayuda de la razón, aportándole luces superiores, reveladas por Dios, que enderezan sus juicios. Pero estas luces pueden ser alteradas por las reflexiones que sugieren los deseos de la carne y las desviaciones de la imaginación.

Finalmente, por encima de los sentidos y de la razón que permiten al alma enriquecerse con conocimientos particulares, hay una inteligencia superior, llamada la cima del espíritu. Ésta contempla las ideas en su simplicidad y pureza, sin someterlas al análisis. Las considera íntegras y globalmente de una sola mirada. Si son buenas, las admira y excita la voluntad a amarlas.

Este es, en resumidas cuentas, el mecanismo de los actos humanos. Esas son las relaciones entre la inteligencia y la voluntad. Para instruirse, el alma cuenta con tres facultades intelectuales, que se pueden llamar *superiores* o cima del espíritu que es la misma inteligencia. la voluntad avanza por el camino señalado por las luces que le llegan por una de esas cuatro puertas.

Tras esta exposición, volvamos al misticismo. ¿Qué hace Dios para atraernos hacia Él?

A la puerta de nuestra alma, llama «Ecce sto ad ostium et pulso». Si le abrimos, nos estimula para pensar en Él, amarle, someterle nuestra voluntad, para que nos conduzca a

nuestra dicha eterna. Ese estímulo y excitaciones constituyen la gracia de la oración. La misericordia infinita de Dios ofrece liberal y fielmente esa gracia a todos los hombres. Muchos se resisten a la llamada de Dios. Se niegan a abrir la puerta de su corazón. No pretendemos ocuparnos aquí de esas almas. otras almas, afortunadamente, reciben con docilidad esa gracia, y entonces, ¿Qué acontece?

Otro axioma de filosofía dice: «Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur»; es decir, el contenido toma la forma del que contiene o contenedor. El agua derramada en un jarrón, si ese jarrón es redondo o cuadrado, toma una de esas dos formas. Ahora bien, entre los hombres que corresponden a la gracia de la oración, muchos viven de sentidos. Su voluntad está, por así decirlo, encadenada a las emociones sensibles de su naturaleza. Para esos, la Iglesia, conducida por el Espíritu Santo, ha establecido las pompas del culto exterior. La Iglesia multiplica las ceremonias, los cantos, todas las maravillas de la escultura y de la arquitectura, cuyo efecto es elevar los espíritus y los corazones sensibles a ese género de impresiones hacia Dios.

Ahí tenemos una primera manera de orar. Cuando las almas le toman el gusto a esa manera de orar y adquieren ese hábito, Dios las mueve a una oración superior. Dios se ha en-